

Silvia Guerra

(Uruguay)



CLOTO

Afuera, en el cóncavo espejo que es Ahora
un fino entretejido se suspende: alguien
habla de dos, otros de cifras que son inmensas cantidades.
La ascendencia se pierde en estratos
que no tienen demasiada importancia.
Se nombran los caminos los pozos los pequeños jilgueros.
Se camina sonriendo por la empinada cuesta
con las botas sucias del barro del camino.
Se llenan los carrillos los rojos los sonrientes
de un aire
que ahí arriba se dice que es purísimo.
Y se habla de la guerra. Del color de la guerra.
Y aparecen los muertos, en fila, con el plato vacío
me preguntan algo que no entiendo, no entiendo qué me dicen
no entiendo qué hago ahí, por qué me siguen.
Y yo no sé qué hacer, y ellos tampoco.



LÁQUESIS

Es un prisma. Es un prisma que gira.

Es un prisma que fragmenta la luz, la descompone.

Es un sueño la luz.

Es un sueño la luz que se repite.

Es un espacio verde, que se hiciera.

Hay dos amordazados en la luz

en el preciso verde.

Gira una vez el prisma y se hizo tarde.

Gira un vez la luz y hay un zapato suspendido en la esquina

un montón de arañitas verdes, casi transparentes que caminan
incendiándose el lomo, sobre una tela casi transparente que no
deja respirar a los que de una manera casi transparente
empiezan a quemarse.

Afuera, alguien salta tratando de mirar por la ventana

un golpe apenas en el vidrio, una marca de sangre.

Y es la luz, los irisados tonos de la angustia.

Ese silencio bordado de la tela.

Crujiendo, desde la lluvia verde, casi transparente.



ATROPO

Ni mía.

Ni de nadie. Nada.

Yescas, hojillas. Viento de hoja seca.

En la mañana azul, la blanca brisa y el perverso anhelo.

El ir queriendo, la cabeza la cara con eczemas, al viento.

Baja por esa correntada nítida y precisa
en el perfil, en el miedo atroz de la figura.

El agua en la mirada que se enfrenta y es un rostro sin alma
que se escapa para llenar ese otro rostro de silencio
para llenarlo con el hilo libado de los sueños, en la niebla.

La sombra sin atrás, sin cuerpo que refleje, la pura sombra.

La sombra pura que maltrecha de sí logra extenderse, asirse
sobre un suelo, cubrir la heroica superficie agreste.

Beber hacia el desierto como un canto como un sonido largo,
una oquedad nimbándose desde el cobre central, dulcísimo
metal, que envuelva.

Y afuera entre las casas, dispersamente lejos
conjuntos de hábitos, manteles, pequeños telares enardecidos
de gardenias. Y afuera lejos, la tarde que se curva
las primeras estrellas. ¿Para siempre?